

Víctor Hugo



Antología de poemas

Victor Hugo

(Besançon, 1802 - París, 1885). Fue poeta, dramaturgo y novelista francés considerado el máximo exponente del Romanticismo en su país. Asimismo, se interesó por el mundo intelectual y tuvo una constancia participación política. Por lo que en sus obras se puede observar una clara reflexión sobre la sociedad. En ese sentido, relacionó sus dos actividades, de escritor y político, lo cual se refleja en sus obras.

Su primer poemario fue *Odas y poesías diversas*, publicada en 1822. A partir de ello, se insertó en el mundo literario. Sin embargo, no fue sino con la obra *Cromwell* (1827) con la que se consagra y destaca en la literatura francesa y universal al considerarse, a esta pieza teatral, un manifiesto del Romanticismo. Así, en 1831, publica una de sus obras más descollantes, *Nuestra Señora de París*, la cual funcionó como un paradigma de este movimiento literario. Más adelante, en 1986, publica su novela *Los miserables*, considera como una de las más relevantes del siglo XIX.

Victor Hugo

Antología de poemas



Antología de poemas
Víctor Hugo

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

A Olimpo

I

¿Recuerdas, Olimpio, aquella
única amistad constante
que no copió en su semblante
las mudanzas de tu estrella?

¿Aquel amigo, consuelo
que en la miseria ha dejado
a tu corazón llagado
por último bien el cielo?

Testigo de los azares
de la encarnizada lidia
en que te postró la envidia,
que hoy te abruma de pesares;

Así te dijo; —y en tanto,
una luz serena y clara
desarrugaba tu cara,
mojando la suya el llanto:

II

¿Eres tú aquel cuya gloria
ensalzaron nobles plumas,
y miraban de reojo

mil envidias taciturnas?

Acatábante en silencio
las gentes: la infancia ruda
a escucharte se paraba,
como la vejez caduca.

Eras meteoro ardiente
que en una noche profunda
se lleva tras sí los ojos,
cuando por el cielo cruza.

Y ahora, arrancada palma,
doblas tu cabeza mustia:
no te da apoyo la tierra
no das al aire verdura.

¡Cuántas frentes a la sombra
acostumbraba la tuya!
Y ahora, ¡qué de sonrisas
irónicas te saludan!

Ajado está el bello lustre
de tu blanca vestidura;
los que galán te adoraron,
andrajoso, te hacen burla.

La detracción en tu vida
clavó sus garras impuras;
es texto a malignas glosas

tu reputación difunta;

y como helado cadáver
desfigurada, insepulta,
sabandijas asquerosas
por todas partes la surcan.

Revelada por la llama
que a tu memoria circunda
tu existencia es un terrero
que cuantos pasan insultan;

Y cien silbadoras flechas
vienen a herirla una a una,
que en tu corazón inerme
hondas encarnan la punta.

Y con festivos aplausos
cuenta el vulgo las agudas
heridas, y los dolores,
y las ansias moribundas;

como suelen bandoleros,
al ver la presa segura,
contar monedas y joyas
que reciente sangre enturbia.

El alma, que de lo recto
era un tiempo norma augusta,

es ya como la taberna
que por la noche relumbra;

a cuya reja se apiñan
curiosos, por si se escucha
el canto de locas orgias,
o de las riñas la bulla.

Cortaron tus esperanzas,
flor de que nadie se cura,
manos crueles, y al suelo
las dan en trizas menudas.

Nadie te llora; tu suerte

ningún corazón enluta;
tu nombre es un epitafio
de desmoronada tumba;

y el que con dolor fingido
alguna vez lo pronuncia,
es como el que muestra escombros
de arruinada arquitectura,

Que un tiempo adornaron jaspes,
y sustentaron columnas,
y ya malezas la cubren,
y vientos y aguas la injurian.

III

Mas ¿qué digo? En la miseria
más elevado y sublime
te muestras a quien la altura
de tus pensamientos mide.

Tu existencia, combatiendo
a los contrapuestos diques,
suena como el océano
que asalta los arrecifes.

Los que observaron de cerca
la lucha, vuelven y dicen
que, inclinándose a la margen,
vieron tremenda Caribdis;

mas puede ser que la vista,
calando ese abismo horrible,
la perla de la inocencia
en lo más hondo divise.

Turba los ojos la niebla
de que pareces vestirte;
mas sobre ella un claro cielo
serenas lumbres despide.

¿Qué importa al cabo que el mundo
contra tu entereza lidie,
alzando nubes de polvo,
que cualquier soplo dirige?

Para juzgar, ¿qué derecho,
que título nos asiste?
¿Qué objeto no es un enigma
para los ojos más linces?

¿La certidumbre?... ¡Insensatos,
que imagináis tierra firme,

la que celajes vistosos
en vuestro discurso fingen!

Así puede asirla el juicio
del hombre, como es posible
a la mano asir el agua
sin que presta se deslice.

Moja apenas, y al instante
huye; y al pecho que gime,
y al ardiente labio, nada
deja que la sed mitigue.

¿Es día? ¿Es noche? Los ojos
nada absoluto distinguen:
toda raíz lleva frutos;
y todo fruto raíces.

Apariencias nos fascinan,
ya sombras densas contristen
la vista, o ya luminosos
colores la regocijen.

Un objeto mismo a visos
diferentes llora y ríe:
por un lado, terso lustre;
por el otro, oscuro tizne.

La nube en que el marinero
ve rota nave irse a pique,
para el colono es un campo
que doradas mieses rinde.

¿Quién habrá que los misterios
del pecho humano escudriñe?
¿Quién, que las trasformaciones
varias de un alma adivine?

Larva informe surca el lodo;
y tal vez mañana, libre
mariposa, alas de seda
despliegue, y aromas libe.

IV

Pero tú penas; y ¿cómo
pudo ser que no penaras,
oh víctima sin ventura
de persecución villana?

¿Tú, a quien la calumnia muerde
lo más sensible del alma?
¿Tú, en quien el sarcasmo agota
sus flechas enherboladas?

Herido león, huiste
a la selva solitaria;
y allí memorias acerbas
te hacen más honda la llaga.

A ellas entregado vives;
y, ¡cuántas veces, ay, te halla
la noche en la actitud misma
en que te halló la mañana!

¡Dichoso, cuando a la sombra
en que tu pecho descansa,
la sombra, de los que piensan
favorecida morada;
"desde el alba hasta el ocaso,
desde el ocaso hasta el alba,
contemplando las facciones
del valle y de la montaña;

atento al tapiz musgoso
que las rocas engalana,
al sosiego de los campos,
o al tumulto de las aguas;

a la lozana verdura
de yerbas jamás holladas,
o a la nieve que los montes
empinados amortaja;

a la bostezante gruta
de tenebrosa garganta,
y de verde cabellera,
con florecida guirnalda;

o a la mar, de las antorchas
del mundo su curso acaban,
que como un pecho viviente
respirando sube y baja;

o siguiendo con los ojos
desde la arenosa playa,
al ligero esquife, alegre
depósito de esperanzas;

que las velas tiende y huye,
huye, y rompe la delgada
hebra que ata el duro pecho
del marinero a la patria;

sobre el risco, donde tantos
dispersos rumores vagan;
bajo la espesura umbrosa,
donde ni el silencio calla;

a los ecos das un eco;
a las confusas palabras

de místicas armonías
vibra tu mente inspirada;

y concurres al inmenso
coro que todo lo abraza,
lo que remontado vuela,
y lo que humilde se arrastra;

¡Coro de infinitas voces
que suspende y arrebata,
y en que la naturaleza
a todos los seres habla!

V

Consuélate, que algún día,
y no distante quizás,
el imperio de las almas
a la tuya volverá;

y ha de verse, ante los ojos
más obcecados, brillar
con nueva luz, de tu frente
la nativa majestad;

como joyel, a que el polvo
deslustró la tersa faz,
nuevamente acicalado
para fiesta nupcial.

En vano tus enemigos,
de la sátira mordaz
contra tu pecho inocente
aguzaron el puñal;
y divulgaron secretos
fiados a la amistad,
como quien derrama el agua
sobre el camino real.

En vano, en vano su furia
humillada lanzarán
contra tu nombre, a manera
de enhambrecido chacal,

que, para saciar la rabia
de su apetito voraz,
desgarra la última carne
del hueso roído ya.

Esos hombres que te ponen
piedras en que tropezar,
y de asechanzas te cercan,
no, no prevalecerán.

Pasarán, como vislumbres
entre espeso matorral,
que a merced del viento corren,
y no dejan huella atrás.

Te detestarán, sin duda,
con el rencor infernal
que alimenta contra el cielo
el pecho de Satanás;

pero las voces de muerte,
que como ardiente raudal
salen de su boca impía,
leve soplo extinguirá.

Mira entre tanto con ojos
de generosa piedad
a los que de un bajo instinto
arrastra el poder fatal;

a los que, en densa ignorancia
sumidos, no ven rayar
celeste albor, que ilumine
su mísera ceguedad;

que llaman luz a la sombra,
y bonanza al huracán,

y andan a tientas, sin rumbo,
sin ley, sin fe, sin altar;

al soberbio que levanta
contra el débil el procaz
estrépito del torrente,
demolido el valladar;

a la mujer seductora,
desamorada beldad,
a quien la sonrisa, estudio,
a quien es arte el mirar;
y en cuyo ropaje, suelto
a los vientos, redes hay,
redes, que prenden las almas
en dura cautividad;

al ambicioso que trepa
sobre el ambicioso, a par
de la hiedra, que a sí misma
entretejiéndose va;

a la turba lisonjera
que rinde a cada deidad
efímera el torpe incienso
de su adoración venal;

y a declamadores vanos,
que hacen ruido y no más;
oráculos que atestiguan
la insensatez general.

¿Qué son contigo esos hombres
de un día, enjambre fugaz
de insectos que vio la aurora,
y la tarde no verá?

Ellos son viles, tú grande,
es el interés su imán,
la gloria el tuyo: la guerra
apetecen, tú la paz.

Nada hay común a la suya,
y a tu carrera inmortal;
ni se puede su alegría
a tu dolor igualar;

que es sublime y grandioso
espectáculo el que da
la mano dispensadora
que reparte el bien y el mal,

y alejando al genio el cebo
de lo vano y lo falaz,

lo labra con el arado
que se llama adversidad.

VI

¡Olimpio! un amigo fiel
entonces te hablaba así,
queriendo apartar de ti
la henchida copa de hiel.

Solo entre la turba larga
que antes te halagó perjura,
quiso de la desventura
aligerarte la carga.

Y tú, si en tono más grave,
no de metal diferente,
como el gran río a la fuente,
como al esquife la nave,

Le hablaste; —y cruzó veloz
una sombra tu semblante;
y un tierno afecto un instante
hizo vacilar tu voz:

VII

¡No me consueles, ni te aflijas! Vivo
pacífico y sereno,
que solo miro al mundo de las almas,
no a ese mundo terreno.

Ni es tan perverso el hombre: la fortuna,
liberal o mezquina,
tiñe en puro licor o en turbias heces
la copa cristalina.

Del estrecho teatro, que aprisiona
tu pensamiento, el mío
oye a lo lejos el rumor, y vuela
a su libre albedrío.

Si murmura la fuente, o solitaria
bulle una verde orilla,
o viene a mis oídos el arrullo
de amante tortolilla;

o el esquilón de las exequias llora
en la torre sublime,
o de los sauces la colgante rama
sobre las cruces gime;
paréceme que vuelo excelsa cumbre,

a donde conduce el viento,
de cuanto ser criado habita el orbe
una voz de lamento.

Allí la pequeñez a la grandeza,
el barro al oro igualo;
y exploro los arcanos del abismo,
y el firmamento escalo.

Cuando el humo lejano se levanta
de humilde choza, pienso
que en el ara se exhala, de se quema
a Dios devoto incienso;

y de dispersas luces por la noche
sembrada la llanura,
el infinito espacio tachonado
de soles me figura.

Contemplo allí de lejos cuanto puebla
la tierra, el mar profundo,
y miro al hombre, misterioso mago,
atravesar el mundo.

Y como suele el pájaro a su pluma,
me entrego al pensamiento;
y entiendo qué es la vida, y lo que dice

aquel doliente acento.

¿Y quieres que murmure de mi suerte?
¿Cuál es el hombre, dime,
a quien, parcial el cielo, de la carga
universal exime?

Yo, que lóbrega noche vivo ahora,
en mi denso horizonte
conservo, cual rosada luz, que deja
la tarde en alto monte,

La llama del honor, divina lumbre,
que, en apacible calma,
todavía ilumina lo más alto,
lo más puro del alma.

Sin duda un tiempo —¿qué razón temprana
de este modo no yerra?—
sueños dorados vi, cuales el hombre
suele ver en la tierra.

Vi alzarse mi existencia coronada
de visiones hermosas;
mas, qué, ¿debí juzgar que fuese eterna
la vida de las rosas?

Las ilusiones que tocar pensaban
mis infantiles manos,
disipó la razón, como disipa
la aurora espectros vanos.

Y digo ya a la dicha lo que dice
navegante que deja
el suelo patrio, a la querida orilla
que más y más se aleja.

Señala Dios a todo ser que nace
su herencia de dolores,
como, a la aurora, un amo a sus obreros
reparte las labores.

¡Ánimo, pues! ¿Qué importa a un alma grande,
destello peregrino
de antorcha celestial, eso que el hombre
suele llamar destino?

Ni elación en la frente generosa,
ni aparezca desmayo,
ora brille a los ojos la serena
luz del día, ora el rayo.

Brame allá abajo la preñada nube
que tempestades mueve,

y su tranquilidad conserve el alma,
cual la cumbre su nieve.

Forceja en vano el rebelado orgullo
contra la ley severa
(necesidad o expiación se llame)
que al universo impera;

Rueda fatal, que a todo lo criado
en movimiento eterno
girando abruma, y de una mano sola
reconoce el gobierno".

I

No bulle
la selva;
el campo
no alienta.
Las luces
postreras
despiden
apenas
destellos,
que tiemblan.
La choza
plebeya,
que horcones
sustentan;
la alcoba,
que arrean
cristales
y sedas;
al sueño
se entregan.
Ya es todo
tinieblas.
¡Oh noche
serena!
¡Oh vida

suspensa!
La muerte
remedas.

Los Duendes

II

¿Qué ruido
sordo nace?
Los cipreses
colosales
cabecean
en el valle;
y en menuda
nieve caen
deshojados
azahares.
¿Es el soplo
de los Andes,
atizando
los volcanes?
¿Es la tierra
que en sus bases
de granito
da balances?
No es la tierra;
no es el aire;
son los duendes
que ya salen.

III

Por allá vienen;
¡qué batahola!
ora se apiñan
en densa tropa,
que hiende rápida
la parda atmósfera;
y ora se esparcen,
como las hojas
ante la ráfaga
devastadora.
Si chillan estos,
aquellos roznan.
Si trotan unos,
otros galopan.
De la cascada
sobre las ondas,
cuál se columpia,
cuál cabriola.
Y un duende enano,
de copa en copa,
va dando brincos,
y no las dobla.

IV

¿Fantasmas acaso
la vista figura?
Como hinchadas olas
que en roca desnuda
se estrellan sonantes,
y luego reculan
con ronco murmullo,
y otra vez insultan
al risco, lanzando
bramadora espuma;
así van y vienen,
y silban y zumban,
y gritan que aturden;
el cielo se nubla;
el aire se llena
de sombras que asustan;
el viento retine;
los montes retumban.

V

A casa me recojo;
echemos el cerrojo.
¡Qué triste y amarilla
arde mi lamparilla!
¡Oh Virgen del Carmelo!
aleja, aleja el vuelo
de estos desoladores
ángeles enemigos;
que no talen mis flores,
ni atizonen mis trigos.
Ahuyenta, madre, ahuyenta
la chusma turbulenta;
y te pondré en la falda
olorosa guirnalda
de rosa, nardo y lirio;
y haré que tu sagrario
alumbre un blanco cirio
por todo un octavario.

VI

¡Cielos! ¡lo que cruje el techo!
¡Y lo que silba la puerta!
Es un turbión deshecho.
De lejos oigo estallar
los árboles de la huerta,
como el pino en el hogar.
Si dura más el tropel,
no amanecerá mañana
un cristal en la ventana,
ni una hoja en el vergel.

VII

San Antón, no soy tu devoto,
si no le pones luego coto
a este diabólico alboroto.
¡Motín semeja, o terremoto,
o hinchado torrente que ha roto
los diques, y todo lo inunda!
¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué barahunda!. . .
¿Qué significa, raza inmunda,
esa aldabada furibunda?
El rayo del cielo os confunda,
y otra vez os pele y os tunda,
y en la caverna más profunda
del inflamado abismo os hunda.

VIII

Ni por esas. Parece que arroja
el infierno otro denso nublado,
o que el diablo al oírme se enoja;
y empujando el ejército alado,
el asalto acrecienta y aviva.
El tejado va a ser una criba;
cada envión que recibe mi choza,
yo no sé cómo no la destroza
a tamaña batalla no es mucho
que retiemble, y que toda se cimbre,
cual si fuese de lienzo o de mimbre…
¿Es el miedo? o ¿Quién anda en la sala?
Vade retro, perverso avechucho…
¡Ay! matóme la luz con el ala…

IX

¡Funesta sombra! ¡Tenebroso espanto!...
Amedrentado el corazón palpita...
y la legión de Lucifer en tanto,
reforzando la trápala y la bulla,
a un tiempo brama, gruñe, llora, grita,
bufa, relincha, ronca, ladra, aúlla;
y asorda estrepitosa los oídos,
mezclando carcajadas y alaridos,
voz de ira, voz de horror, y voz de duelo.
¡Qué fiero son de trompas y cornetas!
¡Qué arrastrar de cadenas por el suelo!
¡Qué destemplado chirrio de carretas!. . .
¡Ya escampa! Hasta la tierra se estremece,
y según es el huracán, parece
que a la casa y a mí nos lleva al vuelo...
¡Perdido soy!... ¡Misericordia, cielo!

X

¡Ah! Por fin en la iglesia vecina
a sonar comenzó la campana…
Al furor, a la loca jarana,
turbación sucedió repentina.
E1 tañido de aquella campana
a la hueste infernal amohina,
sobrecoge, atolondra, amilana.
Como en pecho abrumado de pena
una luz de esperanza divina;
como el sol en la densa neblina,
de los montes rizada melena;
el tañido de aquella campana,
que tan alto y sonoro domina,
y se pierde en la selva lejana,
el tumulto en el aire serena.

XI

¡Partieron! La sonante nota
a la hueste infernal derrota.
Uno a otro apresura, excita,
estrecha, empuja, precipita.
Huyo la fementida tropa;
no trota ya, sino galopa;
no galopa ya, sino vuela.
Por donde pasa la bandada,
una sombra más atezada
los montes y los valles vela,

y el luto de la noche enluta.
Como de leña mal enjuta,
que en el hogar chisporrotea,
de mil pupilas culebrea
rojiza luz intermitente,
que va señalando la ruta
de Satanás y de su gente.

XII

Cesó, cesó la zozobra.
A escape va la pandilla;
y la tierra se recobra
de la grave pesadilla
de esta visita importuna;
y la perezosa luna
sale al fin, y el campo alegra.
Allá va la sombra negra;
distante suena la grita
de la canalla maldita;
como cuando cine un monte
de nubes el horizonte,
y desde su oscuro seno
rezonga lejano trueno;
como cuando primavera
tus nieves ha derretido,
gigantesca cordillera,
y a lo lejos se oye el ruido
de impetuosa corriente
que arrastra una selva entera,
cubre el llano y corta el puente.

XIII

Mas a ti, ¿qué fortuna,
huerta mía, te cabe?
¿Respiras ya del grave
afán? ¿Injuria alguna
sufriste?... ¡Cuánta asoma,
entreabierta a la luna,
nueva flor! ¡Cuánto aroma
de rosas y alelíes
el ambiente embalsama!
No hay una mustia rama;
no hay un doblado arbusto.
Parece que te ríes
de tu pasado susto.

XIV

Sobre aquellos boldos
que a un pelado risco
guarnecen la falda,
al amortecido
rayo de la luna,
van haciendo giros.
Enjambre parecen
de avispas, que el nido
materno abandona,
despojo de niños
traviesos, y vuela
errante y proscripto.

XV

¡Desventurados!
Del patrio albergue
también vosotros
gemís ausentes;
vagar proscriptos
os cupo en suerte...
¡Terrible fallo!...
¡y eterno!... ¡Pesen
mis maldiciones,
blandas y leves,
sobre vosotros,
míseros duendes!

XVI

Hacia el cerro
que distingue
lo sombrío
de su tizne
—padrón negro
de hechos tristes—
vagorosas
ondas finge,
parda nube,
con matices
colorados,
como el tinte
que a la luna
da el eclipse;
y en la espira
que describe,
rastros deja
carmesíes…
¿En qué abismos,
infelice
nubecilla,
vas a hundirte?...
Ya los ojos
no la siguen;
ya es un punto;

ya no existe.

XVII

¡Que calma
tranquila!
Tras leve
cortina
de gasa
pajiza,
la luna
dormita.
Al sueño
rendidas,
las flores
se inclinan.
El viento
no silba,
ni el aura
suspira.
Tú sola
vigilas;
tú siempre
caminas,
y al centro
gravitas,
¡oh fuente
querida!
ya turbia;

ya limpia;
ya en calles,
que lilas
y adelfas
tapizan;
ya en zarzas
y espinas.
¡Tal corre
la vida!

Los fantasmas

I

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Forzoso es que el prado en flor
rinda su alegre esperanza
a la hoz del segador;
es forzoso que la danza
en el gozo fugaz de los festines
huelle los azahares y jazmines;

Que, huyendo de valle en valle,
sus ondas la fuente apure;
y que el relámpago estalle
y un solo momento dure;
y el vendaval que perdonó a la zarza
la fresca pompa del almendro esparza.

El giro fatal no cesa:
la aurora anuncia el ocaso.
En torno a espléndida mesa,
jovial turba empina el vaso;

unos apenas gustan, y ya salen;
pocos hay que en el postre se regalen.

II

¡Murieron, murieron mil!
la rosada y la morena;
la de la forma gentil;
la de la voz de sirena;
la que ufana brilló; la que otro ornato
no uso jamás que el virginal recato.

Una, apoyada la frente
en la macilenta palma,
mira al suelo tristemente;
y al fin rompe al cuerpo el alma;
como el jilguero, cuando oyó el reclamo,
quiebra, al tomar el vuelo, un débil ramo.

Otra, en un nombre querido,
con loca fiebre delira;
otra acaba, cual gemido
lánguido de eolia lira,
que el viento pulsa; o plácida fallece,
cual sonriendo un niño se adormece.

¡Todas nacidas apenas,
y ya cadáveres fríos!...
palomas, de mimos llenas,
y de hechiceros desvíos;

primavera del mundo, apetecida
gala de amor, encanto de la vida.

¿Y nada dejó, la huesa?
¿Ni una voz? ¿Ni una mirada?
¿Tanta llama, hecha pavesa?
¿Y tanta flor, deshojada?
¡Adiós! huyamos a la amiga sombra

de anciano bosque; pisaré la alfombra.

De secas hojas, que crujan
bajo mi pie vagoroso…
Fantasmas se me dibujan
entre el ramaje frondoso;
a incierta luz siguiendo voy su huella,
y de sus ojos la vivaz centella.

¿He sido ya polvo yerto,
y mi sombra despertó?
¿Cómo ellas estoy yo muerto?
¿O ellas vivas, como yo?
Yo la mano les doy entre las ralas
calles del bosque; ellas a mí sus alas;

y a su forma vaga, etérea,
mi pensamiento se amolda…

A do, meciendo funérea
colgadura, el sauce entolda
un blanco mármol, de tropel se lanzan;
y en baja voz me dicen: ¡ven!... y danzan.

Vanse luego paso a paso
por la selva, y de repente
desparecen… Yo repaso
la visión acá en mi mente,
y lo que entre los hombres ver solía,
reproduce otra vez la fantasía.

III

¡Una entre todas!... tan clara
la bella efigie, el semblante
me recuerdo, que jurara
estarla viendo delante:
crespas madejas de oro su cabello;
rosada faz; alabastrino cuello;

albo seno, que palpita
con inocentes suspiros;
ojos, que el júbilo agita,
azules como zafiros;
y la celeste diáfana aureola
que en sus quince a las niñas arrebola.

Nunca en su pecho el ardor
de un liviano afecto, cupo;
no supo jamás de amor,
aunque inspirarlo sí supo.
Y si cuantos la ven, la llaman bella,
nadie al oído se lo dice a ella.

E1 baile fue su pasión,
y costóle caro asaz:
deslumbradora ilusión,
que pasatiempo y solaz

a todo pecho juvenil ofrece;
pero el de Lola embriaga y enloquece.

Todavía, cuando pasa
sobre su sepulcro alguna
nube de cándida gasa,
que hace fiestas a la luna,
o el mirto que lo cubre el viento mece,
rebulle su ceniza y se estremece.

La circular se le envía,
que para el baile la empeña;
y si piensa en él de día,
en él a la noche sueña;
vuélanle en derredor regocijadas
visiones de danzantes, silfos y hadas;

y la cercan plumas, blondas,
canastillas y bandejas,
mué de caprichosas ondas,
crespón, de que las abejas
pudieran hacerse alas; cintas, flores,
tocas de formas mil, de mil colores.

IV

Ya llega… los elegantes
le hacen rueda; luce el rico
bordado; en los albos guantes
se abre y cierra el abanico.
Ya da principio la anhelada fiesta:
y sus cien voces desplegó la orquesta.

¡Qué ágil salta o se desliza!
¡Qué movimiento agraciado!
Sus ojos, bajo la riza
crencha del pelo dorado,
brillan, como dos astros en la ceja
de luz que el sol en el ocaso deja.

Todo en ella es travesura,
juego, donaire, alegría,
inocencia… En una oscura,
solitaria galería,
yo, que los grupos móviles miraba,
a Lola pensativo contemplaba…

Pensativo… caviloso…
y triste no sé si diga;
en el baile bullicioso,
el loco placer hostiga;

enturbia el tedio la delicia, y rueda
impuro polvo en túnicas de seda.

Lola, en la festiva tropa,
va, viene, revuelve, gira:
¡Valse! ¡Cuadrilla! ¡Galopa!
no descansa, no respira;
seguir no es dado el fugitivo vuelo
del lindo pie, que apenas toca el suelo.

Flautas, violines, violones,
alegre canto, reflejos
de arañas y de blandones,
de lámparas y de espejos;
flores, perfumes, joyas, tules, rasos,
grato rumor de voces y de pasos,

todo la exalta; la sala
multiplica los sentidos.
No sabe el pie si resbala
sobre cristales pulidos,
o sobre nube rápida se empine,
o en agitadas olas remoline.

V

¡De día ya!... ¿Cuánto tarda
la hora que al placer da fin?
Lola en el umbral aguarda
por la capa de satín;
y bajo la delgada mantellina,
cuela alevosa el aura matutina.

¡Ah! ¡qué triste tornaboda!
Risas, placeres, ¡adiós!
¡Adiós, arreos de moda!
Al canto sigue la tos;
al baile, ardor febril que la desvela,
dolor que punza, y respirar que anhela;

y a la fresca tez rosada
la cárdena sigue luego;
y la pupila empañada
a la pupila de fuego.
Murió… ¡La alegre! ¡La gentil! ¡La pura!
¡La amada!... el baile abrió su sepultura.

Murió… la muerte la arranca
del abrazo maternal—
último abrazo— y la blanca
vestidura funeral

le pone, en vez del traje de la fiesta,
y es en un ataúd donde la acuesta.

Un vaso de flores lleno
guarda la escogida flor,
que prendida llevó al seno;
y aún conserva su color:
cogióla en el jardín su mano hermosa,
y se marchitará sobre su losa.

¡Pobre madre! ¡Qué distante
de adivinar su fortuna,
cuando la arrullaba infante,
cuando la meció en la cuna,
y con solicitud, con ansia tanta,
miró crecer aquella tierna planta!

¿Para qué?... Su amor, su Lola,
cebo del gusano inmundo,
amarilla, muda, sola,
en un retrete profundo
duerme; y si en clara noche del hibierno
interrumpe la luna el sueño eterno,

y a solemnizar la queda
los difuntos se levantan,
y en la apartada arboleda

fúnebres endechas cantan;
en vez de madre, un descarnado y triste
espectro al tocador de Lola asiste.

“Hora es, dice, date prisa”;
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa,
pasa los dedos nudosos
de la descomunal mano de hielo

sobre las ondas del dorado pelo;

y luego la besa ufano;
y de mustia adormidera
la enguirnalda; y de la mano,
la conduce a do la espera,
saltando entre las tumbas, coro aerio,
a la pálida luz del cementerio,

y tras un alto laurel
la luna su faz recata,
sirviéndole de dosel
nubes con franjas de plata,
que el iris de la noche en torno ciñe,
y de colores opalinos tiñe.

VI

¡Niñas! no el placer os tiente,
que víctima tanta inmola;
mas tened, tened presente
a la malograda Lola;
la compañera hermosa, amable, honesta,
arrebatada al mundo en una fiesta.

Cercada estaba de amores,
gracia, beldad, lozanía,
y de todas estas flores
una guirnalda tejía;
y cuando en matizarla se divierte,
a esta dulce labor da fin la muerte.

ÍNDICE



LAS FANTASMAS

¡Ah, qué de marchitas rosas
en su primera mañana!
¡Ah, qué de niñas donosas
muertas en edad temprana!
Mezclados lleva el carro de la muerte
al viejo, al niño, al delicado, al fuerte.

Colección
Lima Lee

